



López, Ernesto

Tomás Eloy Martínez, *Las memorias del general*, Buenos Aires. Planeta. 1996, 218 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

López, E. (1996). *Tomás Eloy Martínez, Las memorias del general*, Buenos Aires. Planeta. 1996, 218 páginas. *Revista de ciencias sociales*, (4), 219-223. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1426>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Tomás Eloy Martínez,
Las memorias del general,
Buenos Aires, Planeta, 1996,
218 páginas.

¿Las memorias del General?

El siempre talentoso y provocativo Tomás Eloy Martínez nos propone, con esta entrega, un nuevo desafío. Como se sabe, el género de las *memorias* suele ser de carácter autobiográfico; también suele por añadidura ser frecuentado por los militares (en el caso argentino es dable citar como ejemplo el amplio arco que iría desde el general Paz, en el siglo pasado, hasta el coronel Horacio Ballester, en la actualidad). Pues bien, aunque *estas memorias* se reclaman de un general, difícilmente podría afirmarse del libro que es autobiográfico. Hay un tramo del texto que sin dudas lo es: el reportaje que el autor le efectuó a Juan Domingo Perón en Madrid, a fines del ya lejano marzo de 1970. Pero esta sección no alcanza a constituir ni siquiera un tercio del total de la obra. Los otros dos tercios largos de la misma se componen de: a) una

sección de "Documentos" –en su gran mayoría entrevistas; testimonios de gente que trató al General en diversos momentos y circunstancias; algunas actas notariales y recortes de diarios– y b) una sección de artículos firmados por el propio Tomás E. Martínez, sobre el exilio en Madrid de Perón, la trayectoria de López Rega, los inicios de la Triple A y la vinculación de Perón con los nazis.

Si nuestro autor deslumbró en obras anteriores con el entrecruzamiento de ficción y realidad, ahora sorprende con esta mezcla de autobiografía, documentos/testimonios y opiniones personales.

¿Es aceptable llamar *memorias* a esta *melange*? ¿Hay en esto alguna oculta intención? ¿Es un recurso para hacerle decir a Perón o para decir por él más de lo que en realidad dijo?

Es obvio desde la primera página que éstas son las *Memorias del General* firmadas por Tomás Eloy Martínez y que se trata de un trabajo de no ficción. Nadie puede llamarse a engaño sobre esto. ¿Entonces?

Ponerle cifra a este acertijo es,

sin embargo, un desafío menor del texto. Tengo para mí que el autor no pudo evitar un abordaje digamos almodovariano. Al fin y al cabo es un escritor y no un cientista político. Y como no puede ser de otra manera, él es su estilo.

Un desafío mayor es dejarse llevar por el texto, aceptar su despliegue por momentos burlón y buscar a Perón en ese amasijo de voces que convierten al libro en una pequeña Babel: la del General, las de quienes brindan testimonios y la del propio Martínez.

De estos contrapuntos, la partitura menos interesante es la de Martínez. Es natural que así sea: el libro importa por el relato de Perón más que por las impresiones de aquél. No obstante, sus trabajos son valorables.

A pesar de su perceptible antipatía por el General, traza un cuadro por momentos cálido, pero, más importante aún, con sabor a fidedigno, de la intimidad de Perón en su exilio de Puerta de Hierro.

Su trabajo sobre López Rega es a la vez desconcertante e informativo. Resulta ocioso en relación con la economía global de la obra –por eso desconcierta: si alguien escribiera las presuntas memorias de Hipólito Yrigoyen ¿qué sentido tendría la inclusión de un capítulo biográfico sobre Elpidio González?– pero resulta ilustrativo respecto de ese siniestro personaje.

“El miedo de los argentinos”, artículo en el que describe los

comienzos de la Triple A, es el más autobiográfico –de Tomás E. Martínez, no del General, se entiende– de sus cuatro trabajos. Firmado en agosto de 1995, se anticipa en una breve advertencia inicial que es una “restauración” (sic) de un texto publicado en *La Opinión* dos décadas atrás. Recrea el clima lúgubre y de intenso temor que se vivía en Buenos Aires desde mediados de 1974. Es éste, quizá, su mayor mérito, aunque del propio Perón no diga prácticamente nada.

Finalmente, el cuarto, dedicado a examinar los vínculos entre Perón y los nazis, queda atrapado en una lógica ambivalente. Por un lado, plantea con ecuanimidad y buen criterio que “cuando Perón organizó –a través del estado argentino– la migración de millares de nazis, no lo hizo por afinidad ideológica. Perón jamás habría consentido ninguna alianza con el bando perdedor si no hubiera pensado en obtener algún provecho... Perón parece haber pensado que ese contingente de nazis estaba técnicamente bien calificado para ayudarlo a intensificar la política de industrialización que se había iniciado en 1944”. A pesar de que la palabra “alianza” suena exagerada, el encuadre general es, a mi juicio, adecuado. Una cosa parecida –pero a una escala probablemente más amplia a nivel de científicos y técnicos y más reducida a nivel de funcionarios y

jerarcas que sólo buscaban refugio— hicieron los Estados Unidos y la entonces Unión Soviética. Martínez señala bien que la industria aeronáutica y los intentos en torno de la energía nuclear resultaron, en nuestro país, de esta iniciativa. No menciona, probablemente porque lo ignora, los logros en materia de industria automotriz: el *rastrojero diesel*, del que todavía se ven circulando algunas unidades tanto en el campo como en la ciudad.

A mí propio coeto debe asignarse la afirmación que sigue (no a la autobiografía del General ni tampoco a la de Martínez): industria aeronáutica, industria automotriz y desarrollo nuclear fueron hitos de un modelo de desenvolvimiento que permanece mostrenco todavía como objeto de estudio y que merecería abordajes más serios que los que hasta ahora se han intentado tanto desde el campo de la política cuanto desde el de las ciencias sociales.

Pero si por un lado hay ecuanimidad, como afirmaba más arriba, por otro hay liviandad. Una ligereza que, diría, menoscaba el artículo entero. “Sería quizás exagerado —escribe Martínez— suponer que la barbarie de la última dictadura militar argentina fue influida por algo tan remoto como la migración de nazis entre 1947 y 1950, pero las semejanzas entre los métodos represivos de los dos regímenes son tan vastas que

no pueden obedecer al azar”. Primero, las presuntamente claras semejanzas entre los métodos represivos de ambos regímenes a mí no me parecen tales. Admitiría que pueden encontrarse semejanzas, en un plano general, entre diversas clases de órdenes represivos, como podrían existirlas, por ejemplo, entre el nazismo, el comunismo soviético y el terrorismo de estado vernáculo. El salto hacia los métodos represivos es otra cosa. Y sobre esto no hay nada fehacientemente establecido por la investigación social. Pero, además, para el caso argentino sí está suficientemente establecido el nexo entre *antiperonismo* y Doctrina de la Seguridad Nacional. Y desde esta última —y su modo de arraigar en el Ejército— también sí puede saltarse sin dificultades al terrorismo de estado (concepto, por lo demás, notoriamente ausente en los trabajos de Martínez). Entre la vaporosa sospecha de Martínez y la precisa génesis de nuestro terrorismo de estado media la Revolución Libertadora, la presencia de una misión francesa en la Escuela Superior de Guerra —entre 1957 y 1962— cuyas principales figuras fueron los teniente coroneles Robert Badie, Patrice de Naurois, Robert Bentesque y Jean Nougues, la reconversión doctrinaria del Ejército que impulsaron, su ajuste posterior al vuelco de la Revolución Cubana hacia el

comunismo, y la primera enunciación orgánica y pública de la nueva realidad doctrinaria, efectuada por el general Onganía, en West Point, en 1964, cuando era presidente de los argentinos no Perón sino Arturo Illia.

Si en los trabajos del propio Martínez hay un Perón que fluctúa entre lo familiar y lo siniestro, en la sección documental aparecen, como no podía ser de otra manera, varios Perones. Hay un Perón escolar, otro campero, otro cadete, otro oficial joven, etc. La diferencia no está obviamente dada por el momento vital que queda enfocado, sino por la diversa mirada de quienes testimonian.

Desde el punto de vista estrictamente informativo esta sección es desaparejamente interesante. El episodio de Perón y Lonardi, en Chile, es digno de ser conocido, lo mismo que el frustrado atentado contra su vida, en Caracas. En cambio, las precisiones sobre la inicial condición de hijo natural de Perón, corregida luego por el casamiento formal de sus padres, y los amoríos de su madre con un peón, son apenas condimentos. Esa clase de cosas que no es bueno ignorar y menos todavía ocultar a sabiendas. Pero que por lo común no dan para mucho más que para un módico comentario.

Pero ¿y las auténticas memorias del General?, ¿qué puede decirse de ellas? Aquí aparece un Perón que *elige* contarse a sí mismo.

Apegado a una letra que ha preparado previamente –y que conforme consigna Martínez, hace leer a López Rega– sólo se despega de ese texto para ampliar o comentar algunos tópicos. Es un Perón que cuenta oficialmente su historia. No obstante lo cual, prácticamente nada de lo que relata contiene desperdicio. Desfilan allí, entre otros temas, la tercera posición, Evita, su concepto sobre la conducción política, su visión del Ché, sus contactos con Patrón Costas previos al golpe del '43, la nacionalización de los ferrocarriles, el Consejo Nacional de Posguerra, su deliberada opción por el entonces Departamento de Trabajo, la integración continental, su concepción antimperialista, etcétera.

Esta rara autobiografía a varias voces merecería, tal vez, denominarse *Retratos* en lugar de *Memorias*. El mundo de la plástica –hábilat natural de aquel género– ilustra por qué: según quién pinte resulta el retratado. Notorios casos de ello son algunos retratos del mismísimo general San Martín, que lo muestran a veces “ñato” y a veces narigón. (Esto, no obstante la tenacidad de los manuales Estrada y de los viejos cuadernos con ilustraciones que usábamos en la primaria, que consiguieron seriar las imágenes que de algunos próceres dejó Prilidiano Pueyrredón.) La expresión retratos hubiera denotado adecuadamente

la diversidad de puntos de vista contenidos en la obra, incluyendo el autorretrato del propio Perón. La fina sensibilidad de Tomás E. Martínez compuso un *collège* que si se dijera del ámbito de la ficción sería verdaderamente apreciable

(como lo son *La novela de Perón* y *Santa Evita*). En el mundo de la no ficción, la cautivante figura del viejo General reclama, quizá, un abordaje un poco más ajustado.

Ernesto López

Manuel Alcántara Saez,
Gobernabilidad, crisis y cambio.
Madrid, Editorial Centro de
Estudios Constitucionales, 1994,
226 páginas.

El Trabajo de Manuel Alcántara Saez centra su foco de atención en algunas problemáticas cruciales para los estados actuales. La gobernabilidad, el diseño de políticas públicas adecuadas, los constructos institucionales de los procesos de consolidación democrática hacen que la política tome relevancia bajo un escenario en el cual se resuelven parte de los problemas cruciales de la *sociedad*, dando a otros los condicionamientos para la acción conjunta de los actores sociales.

El ámbito de la política es abordado por Alcántara Saez en el marco del *sistema político*: concepto de connotación teórica eastoniana que es entendido como un entramado donde se integran elementos que, si bien son ontológicamente distintos, pueden

ser analizados mediante la utilización de la *teoría general de los sistemas*.

Los elementos que conforman el *sistema político* se pueden clasificar en: 1) instituciones que, ya sean organizadas sobre la base de reglas formales o de costumbres, son definidas por todo aquello que constriñe, restringe y limita la acción del ser humano; 2) elementos no formalizados –por ejemplo, la propiedad privada–; 3) el régimen político, que formaliza estas instituciones en cuanto al modo de distribución del poder; 4) un conjunto de elementos sociales concebidos como el “magma” de articulación de los actores sociales; 5) el legado histórico, comprendido en tanto pautas de entendimiento colectivo de roles, proyectado a través de la cultura política; 6) el sistema internacional, del cual el *sistema político* es un subsistema. Todos estos elementos están interrelacionados de manera sistémica; de esta forma el análisis